

LA OPINION

DIARIO DE LA MAÑANA

Suscripción

En Lorca, mes. una peseta
Fuera, trimestre. cuatro »

DIRECTOR

Francisco Carrasco Ruiz

Anuncios

y comunicados á precios convencionales.
Administración é imprenta: Corredera, 46

“SELGAS,”

Cuando el genio bate sus alas, hiende el espacio de los conocimientos humanos, y se remonta buscando su escabel en los cúmulos arrebolados por las complementarias combinaciones de la luz científica, no sé que admirar más: si la estela de su trayectoria que absorbe mi atención, ó las alas poderosas que se pierden á mi vista en las regiones de la altura, ó la ciencia cuyas cumbres sirven de alfombra al pie de la inteligencia creadora.

Tratar de medir el vigoroso impulso del genio que se eleva, la resistencia de sus alas, las inmensas regiones en que ejerce su prodigioso vuelo, es obra insuperable para quien ni tuvo esas alas de inteligencia intuitiva, ni gozó de esa resistencia, ni vivió en esas esferas.

Por esto, al situarme ante el libro «Selgas», eminente producción del esclarecido genio lorquino, D. Simón Mellado Benítez, no entiendo, lector, que pretendo hacer un análisis de sus bellezas literarias; reconozco mi incompetencia; limito mi esfuerzo á consagrarle estas líneas como signos de justa admiración y legítimo entusiasmo.

Sin embargo, mi lenguaje es incoercible; porque si bien es verdad que siempre tributé al Sr. Mellado culto de reverencial afecto, también lo es que jamás lo hice influído por concupiscencias de gracias, ni de miradas al porvenir (pretérios y futuros que generalmente hacen imperfectos al presente). Por esto repito que mis apreciaciones son incoercibles *ab extrinseco*, y, dado mi carácter, sinceras *ab intrinseco*.

Y desde esta independencia de criterio, afirmo que en el Sr. Mellado reconocí siempre la digna cabeza de un hogar cristiano, un caballero honorable y un buen amigo; pero autor de una torpeza de importancia transcendentalísima: la de su profesión política. Me explicaré.

La política es una jaula; para el parásito, la jaula del pájaro es muy grande; para el águila, la jaula es pequeña, por grande que sea.

El Sr. Mellado ha tenido y tiene señalado su puesto entre los grandes sociólogos y en la literatura española; él lo sabía; no obstante desertó de aquel campo, é internándose en el laberinto de la política, ha privado á la sociedad de los confortantes deleites de su pluma. Y esto es una transgresión imperdonable.

Y que esto es así, bien lo corrobora su imponderable «Selgas».

El libro es pequeño, pero magistralmente escrito y de una intencionada finalidad de tan elevado patriotismo, que arrastra, subyuga, moraliza y deleita.

El fin de la obra es detener á la juventud que camina por el derrotero de la inacción intelectual á una próxima decrepitud, sonrojo y vergüenza de la Patria.

Para ello, salpica sus páginas de máximas saludables y definiciones concisas, claras, ajustadas á tan lógica preceptiva que gozan de inmovible contundencia.

Cuando robustece sus afirmaciones con el testimonio de la autoridad científica, teje su vasta erudición maravillosa urdimbre con la Pragmática de los Reyes Católicos, Montaigne, Ibsen, Beauconsfield, Alfredo de Musset, Cervantes, Kempis, Tácito, Bécquer, Heine, San Francisco de Asís, Piatón, pero con pertinencia característica de la celebridad aducida, sin afectación, sin acoplamiento forzado.

Sintetiza la alta misión de la juventud en esta frase felicísima; *la juventud es la dominadora de la vida*; y razonando sobre su casualidad, añade: *porque la juventud dispone del impulso de la voluntad*.

Demuestra que la civilización de un pueblo depende de su juventud con esta clarividente expresión: *Donde la juventud es bien intencionada, la barbarie perece*.

Intensifica su soplo alentador reconociendo que otras épocas fueron ingratas para los dedicados al cultivo de la ciencia, pero *ya (dice) no hay injusticias posibles contra la perseverancia prudente de la inteligencia*.

Y como ofreciendo á la juventud un cáliz de dulzura ante los sinsabores de la vida, enseña: *Los libros consuelan. La inteligencia por sí sola recompensa generosa toda clase de menoscabo*.

Rememora la cultura lorquina de otros tiempos, la brillante pléyade de hombres ilustres que en aquel areópago de su Ateneo, revelaron sus grandiosas figuras en obras geniales, que dignificaron la literatura española.

Delinea la inmortalidad de Selgas en marco de encantadora ternura, como prosista, poeta, adornado de títulos de extraordinaria honorabilidad, á quien presenta como modelo de una juventud provechosa.

El fin que el autor se propone es nobilísimo; en su estilo didáctico se destaca el genio; su lenguaje castizo y correctísimo; sus argumentaciones son verdaderas síntesis, y raya en lo sublime el corte de sus definiciones.

El libro «Selgas», en mi pobre juicio, es para la juventud un Kempis de sociología, que motiva mi más cordial y entusiasta felicitación al Sr. Mellado.

Si una pluma competente criticara esta joya literaria, á granel vertería las pruebas de su indiscutible mérito. Pero yo... ¡Pobre de mí. «Quién sigue de las águilas el vuelo»?

Antonio Guerrero.

(Pbro.)

La locomotora

LA LLEGADA

Alzad la vista, ved, en lontananza,
Por entre los viñedos y olivares
Blanco penacho de humo se evapora,
Que con pujantes resoplidos lanza,
Al cruzar las pinedas y encinares
La gigante y fugaz locomotora...
Ved, como pasa ahora
Por el puente genial, cuyos pilares
Beben las aguas del profundo río...
Ya vence la colina con presteza...
Tal un toro bravo,
Que arrogante levanta la cabeza,
Y, cálidos vapores resoplando
El suelo con las astas va escavando...
¡Qué rápida atraviesa las montañas!...
¡Ya se pierde en el seno de la tierra,
Buscando lo que encierra
En sus negras y fértiles entrañas!...
Dejando atrás palacios y cabañas
Ráuda baja á la vega;
Su estridente silbato,
Que parece algún toque de rebato,
Nos anuncia que llega...
Miradla... Entró en agujas... ¡Paso ahora!
A la ráuda y genial locomotora!...

LA PARADA

¡Hija del genio, máquina sombría,
Que salvando barrancos y fronteras
Superando á las aves más ligeras
Con tu ronco rodar, veloz resbalas!
Flotando van la pena y la alegría
Sobre el penacho de tus negras alas...
Si es la frente del genio que se yergue
Tu negra chimenea
Y heraldas tus faroles luminosos,
¡Triste es también que sea
Del dolor el albergue;
Pues en tu extenso vuelo
Igual llevas billetes amorosos,
Que páginas de amargo desconsuelo.
Al ver la luz del mundo tu grandeza,
Las distancias quedaron suprimidas
Y el progreso y la ciencia se ensancharon,
Y con extraña y sin igual presteza
Al punto más recóndito llegaron

LA MARCHA

Maquinista, que llevas en tus manos
La civilización recia y pujante,
Sigue, sigue adelante,
Ve cruzando las cumbres y los llanos.
Y, si quieres segura
Esparrir por el mundo la cultura,
¡No olvides la gentil guardabarrera,
Que cual faro divino,
Y de la Luz mostrándote el camino
Envuelve entre los pliegues tu bandera!

Antonio Escañano

Consejos para comprar abonos químicos

La compra de productos químicos no presenta dificultad alguna cuando se trata de sales perfectamente definidas, como son los sulfatos de amoníaco, los nitratos, los cloruros de potasa y otras sales solubles en el agua. Por el contrario, la compra de fosfatos requiere alguna atención: es necesario exigir del vendedor, para los fosfatos precipitados y para los de cal fósiles, la riqueza exacta en ácido fosfórico.

Para los superfosfatos y los fosfatos precipitados se requiere la cantidad de ácido fosfórico soluble en el citrato amónico; para los fosfatos minerales, la cantidad de ácido fosfórico total, siendo también conveniente conocer, en estos últimos, la proporción de hierro y alúmina. Estos fosfatos son tanto menos asimilables cuanto mayor es la proporción de esos dos últimos elementos.

La adquisición de abonos compuestos es más complicada. Si se trata de abonos nitrogenados, conviene conocer, en general, su procedencia, y, en particular, su solubilidad y la forma en que se encuentra el nitrógeno. El más caro es, casi siempre, el nitrógeno nítrico, procedente de los nitratos de potasa ó de sosa; á éste le sigue el nitrógeno amoniacal, procedente, en su mayor parte, del sulfato amónico, y, por último, el nitrógeno orgánico.

Debe de desconfiarse de las dosis combinadas, como, por ejemplo, potasa y sosa al 10 por 100, confundiendo entonces un producto sin valor, la sosa, con un abono real, la potasa. Lo que suele ocurrir en este caso es que la potasa se encuentra reducida á 1/10, mientras que de sosa hay 9/10.

La denominación de álcalis útiles no tiene ningún valor. Hay comerciantes que enmascaran la pobreza de sus productos poniendo: sal de potasa, 20 por 100. ¿De qué sal se trata? Se guardan muy bien de decirlo; pero como la mayoría de las sales de potasa contienen sólo la mitad pura, podremos contestar que lo que se proponen con ese título es hacer ver que el producto posee una riqueza doble de la real. Lo mismo acontece también con ciertas Casas, que tratan de establecer una confusión entre las palabras fosfato y ácido fosfórico.

Deberá exigirse al vendedor, en la compra de superfosfatos, una indicación, por cifras separadas: 1.º Del tanto por ciento de ácido fosfórico soluble en el agua; 2.º Del tanto por ciento soluble en el citrato de amoníaco alcalino, y 3.º Del tanto por ciento insoluble en ambos líquidos.

En los contratos de venta de abonos no deben consentirse las palabras que puedan tener doble interpretación, como soluble y reducido, y también asimilable, que emplean á menudo ciertos expendedores.

Con relación á la potasa, el fraude se comete fácilmente. Se ha visto expender como potasa, en los abonos, rocas pulverizadas, como los feldespatos, granitos y porfidos, que tienen una cantidad importante de potasa, en forma de silicato, casi insoluble. Deberá exigirse, por consiguiente, como dato importante, su solubilidad en el agua.

También conviene desconfiar de las dosis que no se representan por una sola cifra, como, por ejemplo, de 4 á 7 de nitrógeno, con lo que se quiere hacer ver que se ofrece un producto más rico que los que en general se expenden, sin garantizar más que el 4 por 100, debiendo, por tanto, considerarse como imaginaria la última cifra.

Referente á los llamados abonos secretos, bastará decir que todo su secreto estriba en ocultar su pobreza, haciendo pagar al agricultor los principios fertilizantes diez veces su valor.